

La Expiación

La vida humana es un tejido misterioso de hechos los más complejos y contradictorios.

Hay hechos gloriosos que llenan de honor y grandeza a los hombres y a sus pueblos.

Son los maestros, los sabios, los legisladores, los gobernantes, los artífices, los agricultores, los guerreros, los bienhechores... los santos, los que han realizado esos hechos buenos.

Cuando leemos sus vidas consagradas al bien de sus prójimos, en la abnegación callada y perseverante, nos sentimos animados hacia el bien, y nuestras fuerzas cobran nuevos bríos.

Al escuchar los relatos de los gigantes del heroísmo, del saber o de la santidad, nos llenamos de asombro y admiración y nos vemos arrastrados en su seguimiento. La humanidad se nos presenta digna, grande y amable.

Hay hechos vergonzosos y degradantes. Son los malhechores los que los cometen. Incendiarlos, ladrones, criminales, deshonestos, traidores, blasfemos, impíos, mentirosos... con su vida se deshonran a sí mismos y manchan la historia.

¡Qué mezcla tan heterogénea y absurda de bien y de mal, de virtud y pecado!

¿Por qué no hay sólo bien? ¿Por qué no hay sólo santos que perfumen y embellezcan el mundo?

¿Por qué tanto mal? ¿Por qué los pecadores?

Pero ¿es que los pecadores son sólo los demás? ¿No somos también nosotros? ¿No nos remuerde la conciencia?

Hemos pecado; somos pecadores.

Será muy vergonzoso, pero es cierto.

Será degradante, pero cierto, hemos pecado.

Y nosotros, que sabemos la ignominia del pecado, sabemos también la repugnancia que nos hemos dado a nosotros mismos; comprendemos, vemos claro la confusión que sentimos ante Dios...

El pecador no merece premio, sino castigo.

Hay en el alma recta un atractivo del sufrimiento, un refinado placer de

padecer. Lo merecemos, justo es el castigo.

Pero Dios es Padre y ni aun entonces nos abandona. Es el Pastor que busca a la oveja descarriada. Dios da al castigo virtud expiatoria. No es sólo el castigo, es la rehabilitación.

El pecador paga su crimen y queda justificado. ¡Qué benignidad la de Dios! Otra vez nos levanta del cieno, nos limpia y nos eleva hasta El haciéndonos de nuevo hijos suyos. Ya no me acordaré de vuestras maldades, nos dice. Me lavarás, dice David, y quedaré más blanco que la nieve.

Ley misteriosa, la de la expiación; ley terrible, pero ley infinitamente amable. Es el camino de Dios.

Dios ha hecho más. Ha enviado a su Hijo para ser la Víctima expiatoria de la Humanidad. Y la Humanidad ha quedado regenerada y divinizada. Los santos han comprendido bien el valor expiatorio de la penitencia.

San Agustín exclamaba: "Señor, quemá aquí, corta aquí, no me perdones aquí para que me perdones eternamente."

Valor de las enfermedades, de la pobreza, del frío, del calor, del trabajo, de la fatiga, del desamparo, de la ingratitud, del odio...

Valor expiatorio de los incendios, de las explosiones, de las heridas, de la muerte, de la guerra...

Valor de la sangre inocente, de las vírgenes, de los mártires...

¡¡ Señor, perdónanos!!!

Tomás

PAX VOBIS

Año XXXIX Zaragoza, 5 de Marzo de 1937 Núm. 903

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

000

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de «EL ECO DE LA CRUZ», Conde de Aranda, 1, Almacenes del Portillo.

Una Patria -- Un Estado -- Un Caudillo
Una Patria: España -- Un Caudillo: Franco

DIPTICO

JESUS EN LA CRUZ

I

Oyóse un fuerte grito ronco y fiero.
El judío feroz y sanguinario
escaló las alturas del Calvario
sediento de la sangre del Cordero.

Allí, en el odiosísimo madero
de la Cruz le clavó y un vil sicario
abrió con una lanza temerario
aquel pecho de amor rico venero.

De infernal alegría poseídos
blasfemias vomitaban los judíos
al ver que ya Jesús pronto espiraba.

Y el fariseo infame más le hería
con su baba asquerosa y lengua impía
cuanto más cerca de la muerte estaba.

II

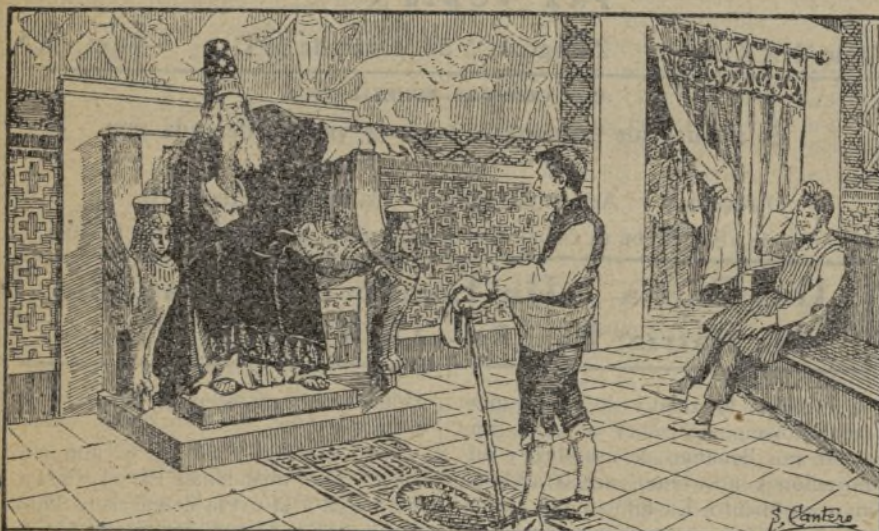
Entretanto Jesús, dulce y clemente,
doblando su cabeza dolorida
pide al padre que, tierno e indulgente,
perdone a aquella gente deicida.

Ve a su Madre que llora amargamente
a sus pies de dolor fiero transida
y en nuevo impulso de su amor ardiente
por Madre nos la deja en esta vida.

La soledad aumenta su amargura,
una sed insaciable le tortura,
abre a un ladrón las puertas eternas...

Expira... El universo se estremece,
del sol la viva lumbre palidece
y despliega la noche sus cendales.

EL DUENDE AZUL



TRIBUNAL BARATO

—Macario...!

—¿Sí, señor...!

—Pero qué es eso, tanto alboroto?
—Quiá e ser, que está to lleno e
gente y tol mundo quié entrar. Y'hace
más de media hora que los estoy con-
tuyendo y me veo negro.

—¿Y para eso hacen falta esos grito
y esas palabrotas?

—No sabusté lo que son. Esta gen-
tuza es to lo pior que s'ha escapau
de to los pueblos. No se pué con ellos.

—No te consiento que hables así.
¡Pobres gentes! Han escapado a la
muerte, se han quedado sin casa y
sin nada. Les hemos de compadecer y
acoger con el mayor cariño.

—Si hubiá estau usté afuera no ha-
blaría así; no se pué con ellos. M'hi
tenido que poner tieso y aun así me
se subían a las barbas.

—Díles que se pongan por orden y
que entre uno.

—Eso mesmo ícia yo, pero s'empe-
ñan en entrar tos a la vez.

—¿Son de un pueblo todos?

—Quiá si son de los quintos in-
fiernos. Cualquiá sabe de ande son.

—Ponlos en orden y que entren con
respeto.

—Ir pasando, pero con respeto; al
que no calle le rompo un güeso.

—Macario! ¡mira cómo hablas!

Colocaos como podáis, sois muchos
y no hay asiento para todos. No os
atropelléis ni riñáis; los que no ten-
gan asiento que se sienten en el suelo

—Una.—¿No empentes!

—Otra.—Yo no t'empento, es esta
otra.

—Una.—Esta lagañosa, qui ha lle-
gau dispues, que yo y s'ha metido
alante.

—¡Bueno! ¡Basta! Habéis de es-
tar todos quiétos. Y ahora sepamos,
qué os trae aquí.

—Sabusté, que nosotros somos de
Matabaja...

—Y nosotros de Villavieja del
Monte...

—Y nosotros de Montefrío...

—¡Bien...! Basta... que hable uno
sólo. ¿Qué queréis?

—Que hable la Gacinta, la Pita.

—Que hable el tío Curro, que tié
más labia.

—Vamos, uno u otro, el que seá.

—Pues que lemos El Eco... y den-
de que nos himos ido del pueblo,
porque ya sabusté, qui han entrau los
rojos y han quemau la ilesia y to los
tarros de la ilesia los sacaron a la
plaza y los quemaron. ¡Una Virgen
de los Dolores tan hermosa...! y nos
l'han robau todo. Y gracias qu'himos
podido escapar con el pellejo. Son
mu malos. Han matau a muchos. Son
unos demonios, que no se lo pensaba
naide... Y dende qu'himos venido le-
mos El Macario, que nos lo deja mi
cuñada, que vive aquí, qu'está casada
con un barbero. Y lo himos sentido
que ahura no sale más que una vez
al mes y lo echamos mucho en falta.
Y como ya estamos en la Cuaresma
nos himos acordau de que to los años
nos contaba usté un cuento de los
golondrinicos...

—¡Sí, sí...! que nos cuente el cuen-
to de los golondrinicos...!

—¿Que nos lo cuente...!

—¿Que sea bien majo...!

—¡Silencio...! Ya veo que os acor-
dáis del tiempo en que estamos y su-
pongo que no será sólo para el cuen-
to. Es tiempo de oración y peniten-
cia, y esos horrores que han pasado
en vuestros pueblos y están aún pa-
sando en tantos otros nos obligan a
llevar una vida de verdadera peniten-
cia y de oración, una vida santa para
obtener de Dios el perdón de nuestros
pecados y que nos conceda pronto la
paz. Una paz grande, para todos, y
una paz ya definitiva.

—Nusotros vamos to los días al
rosario de la aurora y al Pilar...

—Y nusotras comulgamos to los
días...

—Yo hago el via-crucis...

—Y a los sermones de Cuaresma,
tanta cosa güena como hay en Zara-
goza...

—Y ahura que nos cuente el cuento
de los golondrinicos.

—¿Que lo cuente...!

—Estad, pues, bien atentos.

—Pues, señor...

Bien sabéis que, aunque los anima-
les no tienen inteligencia como nos-
otros, Dios les ha dotado de un ins-
tinto maravilloso que suple su falta
de conocimiento y que nos llena de
asombro.

Muchas aves emigran de un país a
otro, buscando un clima benigno. Pa-
ra el invierno se van a África y a la
primavera vuelven a nuestras tierras,
alegrándolo todo con sus cantos y con
la gracia de sus vuelos.

El Alto Mando de los golondrinicos
concentró sus huestes, como siempre,
en los lagos africanos y en las fuen-
tes del Nilo. Inspeccionaron bien a
su gente, se elevaron muy alto, hicie-
ron unos giros maravillosos para ali-
nearse bien y orientarse, y, como una
flecha, se lanzaron el ala izquierda a
través del Sahara y la Libia, a las
costas del Mediterráneo, alcanzando
la Roma Imperial y los países bárba-
ros de Germania. El ala derecha, ha-

cia el Líbano, Siria, Cilicia, Paflagonia y el Ponto Euxino.

Pero ocurrió una cosa inesperada. Las golondrinas de Siria no llegaban y hacía ya días que estaban en su residencia veraniega las de los demás países.

¿Qué había pasado? Los golondrinos de Asia Menor se alarmaron y enviaron correos rápidos a informarse, pero a pesar de ser los más ágiles y experimentados no habían vuelto. No había ocurrido nunca cosa semejante. Inmediatamente se dispuso saliese para Palestina un grupo de golondrinos los más resistentes para el vuelo. Irían bien altos y con centinelas de acecho de avanzada y por los lados, y avanzarían con gran precaución y en silencio absoluto.

Al poco rato los golondrinos de la avanzada denunciaron grandes concentraciones de hombres en Jerusalén y vinieron a dar la noticia alarmados. El Jefe, muy conocedor del terreno, se sonrió y dijo: Es que celebran la Pascua.

Efectivamente, Jerusalén estaba atestada de gente de todos los países con los trajes pintorescos más variados. Llenaban los alrededores y los pueblecillos vecinos. Desde aquella altura parecía Israel acampado en el desierto. Hombres, mujeres, niños, camellos, asnos... alrededor de las tiendas levantadas en las laderas de los montes, en los campos, en todas partes; y por todas partes también rebaños de corderos que pronto se habían de inmolarse para la gran fiesta nacional. Era una vista fantástica. Y en la cumbre del Moría, el Templo de mármol blanco erizado de agujas de oro que parecían destellos de fuego heridas por el sol. ¡Qué espectáculo tan grandioso! Ya podían estar orgullosos los judíos. Se les veía llenos de entusiasmo religioso y patriótico. Pero este año parecían dominados por una honda preocupación.

Los golondrinos al llegar a Jerusalén vieron también grandes concentraciones de golondrinos y golondrinas, de gorriónes, vencejos... de toda clase de pájaros.

¿Qué pasaba?

Dieron unas vueltas por el aire y se dirigieron a un palacio en donde estaban instalados muchos golondrinos.

—¿Qué ocurre?—preguntaron al llegar, sin saludar siquiera.

—No lo sabemos, pero desde luego algo muy grave.

—Podéis hablar sin miedo, pues nuestro lenguaje no lo entienden los hombres, que se creen saberlo todo.

—Que han cogido preso a Jesús de Nazaret, dijo el jefe local de los golondrinos.

Los recién llegados lanzaron un chillido de espanto y de horror que alarmó al vecindario.

—¿Cómo es posible?—decían unos.

—¡Infames hombres!—decían otros.

—¡Tan bueno como es Jesús! A nosotros nos daba miguitas de pan,

dijo un gorrión; nos quiere mucho.

—Jesús nos quiere a todos, replicó una golondrina. ¡Con qué amor habla de nosotros a los hombres!

—No nos ha castigado al trabajo, como al hombre.

—Tampoco hemos pecado, como el hombre.

—Parece mentira que Jesús quiera tanto a los hombres.

—Y tan malos como son. Son nuestros peores enemigos. Nos tiran flechas, nos ponen redes y trampas para cazarnos y hasta los chicos nos arrojan piedras. Son muy malos.

—Pues si hubierais visto anoche, dijo un gorrión. Desde nuestro nido vimos por la ventana, en casa de Juan Marcos, a Jesús con sus apóstoles. Estaba triste, daba pena. Celebró la Pascua y después tomó pan, miró al cielo, lo bendijo y lo dio a los apóstoles; y luego hizo lo mismo con el vino. No sé lo que daba verlo; estaba transfigurado con una belleza y alegría celestial. Los apóstoles estaban también cambiados. No he visto jamás cosa igual, yo que vuelo siempre por el cielo. Luego se fué al huerto como de costumbre a orar y al poco rato ya lo traían preso las turbas.

—¿Cómo es posible? ¡Qué monstruosidad!

—Ahora están en el Pretorio y quieren condenarlo a muerte.

—¡No puede ser!, contestó un mensajero.

De pronto lanzaron un grito, como un halarido, todos los pájaros. Por la otra punta de la calle venía Jesús con la cruz auestas. ¡Qué cambio! Todo llagado, sucio, agotado, inspiraba una compasión infinita. De buena gana le hubieran quitado la cruz, pero no podían. ¡Si fueran hombres...! ¡cómo irían a quitársela y a defenderle! ¡Malvados hombres! Lo vieron pasar por toda la calle de la Amargura entre insultos y vejaciones que destrozaban el corazón y salió de Jerusalén. Todos los pájaros formaron escolta sobre Jesús en la altura y le siguieron hasta el Calvario. Estaban horrorizados y asombrados. ¿Por qué Jesús no aplastaba a los hombres, que tanto lo merecían? ¿Por qué se dejaba quitar las vestiduras? Los pájaros estaban deshechos de pena. Lo vieron crucificar y levantar por fin la cruz.

Allí estaban su Madre Santísima y sus fieles amigas con San Juan. Y cerca, la guardia pretoriana con el centurión. Entonces, se empezó a oscurecer el sol y la luna y las estrellas; las tinieblas eran densas, cerca de las tres no se veía nada. Aquello era espantoso; a todos se les erizaron las plumas y temblaban de miedo. De pronto la tierra comenzó a estremecerse como espantada, crujieron las rocas, chocaban las piedras unas con otras, rugía el terremoto... Se oyó la voz de Jesús que gritaba: "¡Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen!" "Padre, en tus manos entrego mi espíritu". Y doblando la cabeza, murió.

Las aves huyeron horrorizadas, alocadas, a refugiarse en sus nidos; muchas golondrinas cayeron a tierra desvanecidas; se deshacía el universo y esperaban la muerte.

Pasaron unas horas y un golondrino volvió en sí, aún vivía; estiró la cabeza lleno de miedo y vio a los golondrinos y golondrinas tendidos por el suelo, y sintió vergüenza de vivir después de la catástrofe; aún rugía la tierra...; unos hombres bajaron llorosos a Jesús de la cruz y lo llevaron al sepulcro y lo cubrieron con una gran piedra. Sintió que se le apretaba el corazón y tuvo ganas de morir. ¿Podía continuar el mundo sin Jesús? Y si continuaba ¿qué sería aquel mundo de facinerosos deicidas? De nuevo sintió envidia a los muertos; la noche llegaba, se le fué la luz de los ojos, se estremeció ligeramente y perdió el sentido...

Una ráfaga de aire suave acarició el Calvario y lamió las laderas y el Huerto y la Ciudad Santa. Los pajarrillos abrieron los ojos y se sintieron penetrados de una vida renovada y contemplaron un cielo de belleza desconocida deslumbrante de luz. Jesús estaba en el Huerto, había resucitado y le saludaron con gritos delirantes de alegría. No podían sospechar. Jesús era el Amo de la vida. Toda la naturaleza había llorado su muerte y toda ella saltaba de gozo y de vida. Se abrieron los sepulcros y resucitaron los muertos; las flores, el verdor de los campos y los montes aparecían de una suavidad y encanto sorprendente; el sol resucitado brillaba con locura y el aire mismo llevaba algo más que el perfume de los naranjos y limoneros en flor, algo más que el bálsamo y la mirra de aquellos montes privilegiados; penetraba hasta el alma llenándola de serenidad reparadora y de ansias de pureza y de eternidad.

—¡Ah...!!

—¿Ya s'ha acabau?

—¿Y qu'hicieron dempués los golondrinos?

—Basta, hijos míos; sed muy buenos; agradezcamos mucho al Señor que ha muerto para darnos la vida.

EL MAGO

ECOS DEL SAGRARIO

La he visto descender a todas las miserias de la vida con una fe extraordinaria.

La he visto a dos pasos de la muerte y sonreía.

La he visto perder uno a uno todos los seres queridos, padre, madre, hermanas, y abrazada con el crucifijo que presidía su pequeño gabinete, aunque deshecha en lágrimas, sonreía.

La he visto sumida en la miseria más espantosa.

Cuando alguien me ha preguntado la razón de su fe extraordinaria, sólo cuatro palabras me han bastado para explicar el misterio: *comulga todos los días.* M. DE STA. CATALINA

Una mirada a la Tierra

Los Tesoros del Mundo

Hemos contemplado al bajar a la Tierra, el aire y el agua. Antes de detener nuestra mirada en uno cualquiera de los infinitos seres con que tropieza la vista, vamos a dar una ojeada rápida al conjunto, como quien recorre un museo lleno de maravillas, para luego ir admirando una a una a su placer.

Entre los varios aspectos que observamos en el mundo, es patente la riqueza. Pero una riqueza desbordante, de una prodigalidad asombrosa, como si una mano omnipotente la hubiera derramado sin tasa, dilapidándola en un derroche loco.

Id recorriendo todos los países, visitad las arcas donde encierran sus tesoros todos los bancos del mundo; allí están concentradas las riquezas que constituyen la sangre que circula y da vida a la economía toda del país. Oro en barras, lingotes y monedas; plata y billetes en cantidades fabulosas, como nunca pudieron sospechar nuestros antepasados. Todo ha salido de las entrañas de la Tierra.

Recorred todas casas y contemplad todas las alhajas, objetos de arte, arañas, candelabros, estatuas, cadenas, collares... ¿quién puede calcular tanto tesoro?

Visitad los templos de todas las religiones y veréis acumuladas riquezas incalculables en vasos sagrados, candelabros, lámparas, estatuas, ídolos... Todo ha salido de la Tierra.

Entrad con sigilo en el tesoro de los reyezuelos y tiranos de Asia y de África; contad, si podéis, aquellos montones de pedrería fascinadora. Brillantes, esmeraldas, topacios, perlas de un grandor extraordinario... en cantidades que sobrecogen como si fuera un sueño de hadas. También han salido de la Tierra.

Cavad en las antiguas ruinas de ciudades y pueblos desaparecidos; allí hallaréis tesoros sin cuento que fueron arrancados a la Tierra.

Bajad a los abismos del mar y podréis contemplar con pena restos de navíos de todas las épocas que transportaban los tesoros de una nación, el botín guerrero, el fruto de la rapiña de aventureros o la ganancia de mercaderes lejanos. Todo había sido extraído de la Tierra.

Y cuando os parezca que os aturde tanto derroche de riqueza que supera cuanto podáis imaginar, id a las minas, de donde ha salido tanto tesoro. Quizás hallaréis galerías abandonadas y agotadas; pero seguid, recorred la Tierra; quedaréis atónitos al contemplar que en el conjunto del mundo toda aquella explotación universal y milenaria apenas significa un ligero arañazo en la corteza terrestre. Sus tesoros parecen intactos todavía... y se extraen más de 600 toneladas anuales!

¿Qué reservas tan enormes, qué abundancia de riqueza, de lujo y esplendor!

Si esto es en el lujo, ¿qué será en lo necesario?

Mirad las minas de hierro. ¿Qué yacimientos tan enormes! Provincias enteras, territorios inmensos asentados sobre cinientos de hierro. Contad, calculad si podéis el consumo de tan preciado metal. Barras, vigas, alambres, cadenas, calderas, planchas, máquinas, herramientas, barcos, cañones, espadas... ¿quién puede calcular la fabulosa cantidad que se consume cada año?

Sin embargo, sigue la explotación minera sin que parezca notarse el consumo. Los almacenes de la Tierra son inagotables. Sólo en España se extraen más de 10.000.000 de toneladas al año.

Pero paremos un poco la atención y veamos la variedad asombrosa de metales con propiedades tan diversas que se adaptan a los usos mil de la industria y del arte para comodidad del hombre.

El cobre, denso y maleable, tan dócil al trabajo y de tan numerosas aplicaciones, desde los bronceos sagrados de las campanas que llaman a los fieles, hasta las industrias eléctricas que cubren con sus redes la tierra.

El aluminio, ligero y resistente, de infinitas aplicaciones, que consumen más de 50.000 toneladas anuales.

El níquel, plomo, estaño, zinc, mercurio, cobalto, cromo, tungsteno, vanadio, sodio, potasio, platino...

¿Qué abundancia, qué variedad, qué hermosura! ¿Cuántas comodidades nos proporcionan!

¿Y el carbón con las cuencas que ocupan reinos enteros y cuya producción anual pasa de 1.000 millones de toneladas?

¿Y el petróleo, cuyos pozos arrojan al año 200 millones de toneladas?

Confunde la imaginación esta acumulación fabulosa de materiales tan ricos y variados.

Pero no es eso todo. Demos un vistazo a los materiales de construcción que el hombre utiliza para su vivienda, sus templos, sus caminos, etc.

Los mármoles purísimos que han servido para esas maravillosas estatuas en que se ha immortalizado al genio; y los bellísimos monumentos que admiramos con embeleso. Los basaltos, pórfidos, jaspes, granitos y mil y mil variedades de piedras ricas y sólidas que el hombre ha utilizado desde su aparición en la Tierra.

Son montañas, cadenas de montañas, parecen formar el esqueleto de la Tierra.

Bosques inmensos que cubren millares de kilómetros cuadrados, árboles en número infinito que proporcionan fruto rico, combustible abundante, madera para nuestras casas, muebles, instrumentos, carruajes...

¿Qué riqueza!! Bien patente está el poder de Dios, su sabiduría, su tutela paternal!

JUAN DE LA CRUZ

ADVERTENCIA
IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERÁ, PUES, MÁS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Son muchos los suscriptores que nos han escrito diciendo que no han recibido el segundo número de enero.

Con estas líneas les contestamos y lo notificamos a todos.

Sabemos el interés con que esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los suscriptores que, atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobrepago; son los siguientes:

D.^a Loreto Araya, Arbeiza; Madres Oblatas de Tenerife; D.^a Victoriana Adrados, Burgos; D.^a Asunción Baquero, Belchite; D. Elías Leóz, San Martín de Unx; D.^a M.^a Jesús Galé, Santa Eulalia de Gállego; D.^a Carolina Revilla, Burgos; Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes, Burgos; D.^a Dolores Fernández, Herrerueta; D.^a Trinidad Laguía, Checa; doña Francisca Ayllón, Soria; D. Cipriano Calvo, Ferrerueta del Huerva; doña María González, Bárboles; Superiora del Hospital Militar, Sevilla; doña Tomasa Esual, S. Sebastián; doña Pascuala Echeverría, Burguete; doña Carmen Campoamor, Coruña; Sor Fernández de la Cruz, Huesca.

La Administración

Franqueo concertado